



# SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 20.

JUEVES 24 DE JULIO DE 1862.

Los números del año forman un tomo de más de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion.

Tom. I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 24 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

## SUMARIO.

MASANIELLO.—LA MUJER DE SU CASA, por Fernando Martinez Pedrosa (Conclusion).—EL JAPON: Su idioma, sus ciencias y su literatura. (Conclusion).—LOS GRANDES Y LOS PEQUEÑOS VIVIENTES: Las serpientes. (Continuacion).—LA CIUDAD DE MONTEVIDEO.—HORTENSIA DE BEAUNAIS ó la única corona indestructible, traduccion por José Castreño.—EL ENANO DEL CIRCO DE PRICE.—CLAVE ENIGMATICA.

## MASANIELLO.

Tomás Aniello, llamado generalmente Masaniello, fue un pobre pescador de Amalfi, á quien una revolucion elevó al gobierno popular, pero en el cual pereció asesinado, merced á la inconstancia de todas las revoluciones. Habia nacido en 1623 y se dió á conocer en la revolucion de Nápoles contra los españoles ocurrida en 1647, pereciendo el 17 de julio del mismo año. Su satisfaccion fue, pues, tan breve como su gloria, porque solo brilló en el mando popular durante los escasos dias en que aquella revolucion apartaba á Nápoles de la obediencia á España.

Deseosos los napolitanos de sacudir el yugo del gobierno español, pues estendia entonces nuestra nacion su dominio á diversos paises, tomaron por pretexto los impuestos, aumentados necesariamente para atender á los gastos de la guerra que la España sostenia contra Francia. El duque de Arcos, virey de España en Nápoles, exigió por un edicto del 3 de enero de 1647 un derecho suplementario sobre toda clase de frutos. El pueblo, pesaroso de tener que humillar su altivez ante la entonces afortunada España, cuyo pabellon ondeaba acatado en diversos paises extranjeros, tomó pretexto de las medidas del virey para declarar su descontento, y quizá no hubiera estallado la rebelion si un incidente, por otra parte natural, no la promoviera. El domingo, 7 de julio de 1647, se trabó una disputa en el mercado entre un vendedor de frutas y un dependien-

te del virey, profiriéronse quejas y amenazas, convirtiéndose la querella en tumulto, arrojaron las frutas los vendedores quejándose de los impuestos que decian les hacian miserables, y en medio del desórden, un sencillo pescador sin antecedentes entre el pueblo y solo afectado por la exasperacion de sus compañeros, arrojando las frutas al rostro de los soldados del virey, exclamó que «para siempre habian acabado los impuestos!» Aplaudiéronse sus palabras, imitóse su ejemplo, y cuando ya no quedaban frutas que arrojar, se cogieron piedras, convirtiéndose la plaza en un campo de batalla. Reuniéronse en seguida al rededor de Masaniello cuatro ó cinco mil hombres, que medio desnudos y armados con bastones se precipitaron al palacio del virey gritando: ¡viva el rey de España! ¡abajo el mal gobierno!

No tuvo otro recurso el duque de Arcos que ofrecer la abolicion de los impuestos, pero envalentonado el pueblo al ver la inaccion de los soldados, dió salida de las cárceles á los presos y recorrió las casas de los empleados en la hacienda pública, destrozando los muebles y los papeles. No se cometió ningun otro exceso, pues un muchacho que habia robado un vaso de plata fue severamente castigado por Masaniello. Al siguiente dia el pueblo era dueño de toda la ciudad, porque el virey buscó su salvacion amparándose en la fortaleza del Castel-Nuovo, y armándose los insurgentes se hallaron en situacion de imponer leyes á los españoles. Todos los ciudadanos se vieron precisados á tomar las armas formándose una especie de ejército urbano, apoderáronse de los cañones que se encontraron en el convento de san Lorenzo y derrotaron dos fuertes destacamentos de tropas alemanas.

Hasta allí Masaniello habia dirigido la sedicion sin pretensiones de sacudir el yugo de España, porque su único objeto era destruir los impuestos. El mercado era el centro de la revolucion, convirtiéndose á la vez en vivienda del pescador que habia levantado la bandera, y en plaza fortificada de la revolucion. El

dia 10 de julio contaba Masaniello con cien mil hombres, y al apoyo de sus armas exigió del virey que le remitiese los privilegios que Carlos V habia concedido, abolió en nombre del pueblo los derechos que pagaban los comestibles y prohibió asaltar é incendiar las casas. Negociaba aun algun tratado con el duque de Arcos, cuando se precipitaron sobre él varios hombres pagados, segun se dice, para asesinarle, salvándose milagrosamente de su puñal, y este peligro le decidió á romper las hostilidades con los sectarios del virey, de los cuales dejó tendidos en las calles mas de ciento cincuenta.

El dia 11 Masaniello consintió en discutir con el cardenal Filomarino las condiciones de un arreglo de paz, que el de Arcos aceptó para evitar mas derramamiento de sangre. Estipulóse que el pueblo tendría las mismas prerogativas políticas que la nobleza y que conservaría las armas hasta que el rey de España aprobase un tratado por el cual los impuestos volverian al estado que tenian en tiempo del emperador Carlos V y se concedería una amnistia general. Firmadas las capitulaciones, pasó Masaniello al Castel-Nuovo, y solo despues de muchas instancias de parte del arzobispo, consintió en despojarse del modesto traje de pescador, para vestir uno riquísimo y de todo lujo que el virey le habia enviado. Puesto á caballo, con la espada desenvainada en la mano, rodeado del séquito del cardenal, al lado de este y seguido de millares de hombres del pueblo, recorrió las calles recibiendo aplausos y bendiciones al grito de ¡viva el libertador de Nápoles! Sin bajar del caballo dirigió una patriótica arenga al pueblo asegurándole que deseaba volver á su condicion modestísima tan pronto como hubiesen pasado tan críticos dias. Entró en el palacio, se echó á los pies del virey, que le levantó y le abrazó en presencia de todos, y como temiese el pueblo por su vida por tardar algun tanto en volver á salir, le fue preciso asomarse á un balcon y mandar á la muchedumbre que se retirase á



sus casas. El día 13 tuvo lugar una solemne función para aprobar solemnemente las capitulaciones en la iglesia del Carmen, y después de haberlas jurado el duque de Arcos y dado Masaniello las gracias al pueblo por haberle auxiliado, se retiró á pie á su choza despojándose antes de sus ricos vestidos.

Desde el siguiente día, sin embargo, la conducta de Masaniello fue muy distinta, y comenzó á dar pruebas nada menos que de haberse vuelto loco. Suponen unos que la pompa y el aparato de su triunfo le trastornaron el juicio enorgulleciéndole; creen otros que el poder absoluto de que habia disfrutado entonces, le habian hecho desconocer su posición y sus deberes; suponen otros su demencia hija del embrutecimiento que causa el vino, ó del estremado placer de su gloria popular, ó á efecto de algun veneno; pero nada se sabe de cierto. Las extravagancias que cometió le desacreditaron rápidamente: arrojaba puñados de monedas de oro al mar, exigió á los nobles que acudieran á besarle los pies, pronunciaba discursos incoherentes, andaba medio desnudo gritando: *¡yo soy el rey del mundo!* quejándose al virey de que se moría de hambre, golpeaba á sus compañeros y ordenaba que se entregase todo al incendio y al pillaje. Su cabeza, en fin, era un volcan ardiendo, enfadándose y llorando á la vez, devorado por una sed que nada apaciguaba. El día 15 de julio fue preciso apoderarse de él y llevarle á su choza casi atado y por fuerza como á un criminal. El día siguiente, que se celebraba en una iglesia una función á Nuestra Señora del Monte Carmelo, Masaniello entró en ella al parecer sosegado, subió al púlpito y tomando un crucifijo en la mano suplicó al pueblo que no le abandonase. Se le hizo bajar, se le consoló y le dijeron que se retirase á descansar, pero al salir le esperaban cuatro asesinos que le llamaron disparándole en seguida sus arcabuces. «¡Ah! ¡infames!... ¡ingratos!...» Tales fueron sus últimas palabras. Uno de sus asesinos le cortó la cabeza, y solo al comunicarse la noticia al resto de la población, fue cuando el vecindario de Nápoles conoció que habia perdido su defensor.

Fuese en deferencia ó por alegría, el virey dispuso honras públicas en honor de Masaniello, recorriendo la ciudad á caballo y disponiendo funciones religiosas casi dignas de un rey. Su cadáver fue acompañado al sepulcro por numerosos sacerdotes cubierto con un manto de púrpura y una corona de laurel. Así fue, dice un autor, como por efecto de la inconstancia popular, tan comun durante las revoluciones, el pobre pescador de Amalfi, en menos de tres días fue o edecido como un rey, asesinado como un malvado y reverenciado casi como un santo.

#### LA MUJER DE SU CASA.

(CONCLUSION.)

#### III.

Aristides regresó á Madrid. Dió cuenta al banquero de su comision, y este, en el acto, le duplicó el sueldo, encargándole del giro de letras, y confiándole poderes para contratar en su nombre.

A consecuencia de estas inesperadas sonrisas de la fortuna, Lagarza pensó en cumplir la promesa que tenia hecha á la jóven huérfana, dirigiéndose á la calle de Santa Isabel. En aquel sencillo retiro donde Aristides tenia suspendidas dos voluntades, renovó sus dulces impresiones, respiró la atmósfera pura que le habia alentado en su infortunio y volvió á estasiarse con la presencia del ángel salvador en quien tenia depositado el tesoro inagotable de su cariño.

La noticia del casamiento de su nieta causó á la señora Ana una alegre al par que desconsoladora impresion. Pensó que aquel suceso la alejaria de su lado, pero Aristides la tranqui-

lizó. ¡Hasta tal punto me cree usted ingrato! exclamó reconviniendo tiernamente á la anciana. Vivirá usted hasta el fin de sus días á nuestro lado.

Las horas que nos conducen á la realizacion de un bien apetecido se convierten en siglos, y cada minuto en que se vive con el deseo nos aproxima á la desesperacion. Lució una alborada apacible y serena de otoño, una de esas mañanas en que la naturaleza parece que pugna con la ley del tiempo, por la cual el prado mira agostarse su verdor, el árbol teñirse de amarillo sus hojas; amenguarse su cauce el arroyo y las brisas desvanecerse, impelidas por el cierzo mensajero triste del invierno. Las golondrinas errantes, tornaban ya á lejanos climas, buscando una nueva patria y otro dulce lecho en su abandonado nido.

Aristides y María dirigíanse tambien á la iglesia para que confirmara sus votos y les autorizara para fundar una familia por medio del divino Sacramento. Sus deseos fueron cumplidos, y el augusto sacerdote santificó aquel amor que habia crecido á la sombra de la virtud.

La jóven que habia sabido ser buena hija, doncella casta y mujer de costumbres austeras, debia ser esposa amante, y acaso mas tarde, madre tierna y amorosa. María sentia bullir en su cerebro nuevas ideas que la mostraban un mundo desconocido, perdiéndose en un laberinto de sensaciones á cual mas halagüeñas. La inmensa satisfaccion que el alma siente, cuando la tranquilidad de la conciencia sirve de galardón á las buenas acciones; el encantado sueño á que nos trasportan las impresiones del amor, con su espiritualismo, sus flores, sus sonrisas y sus infinitas emanaciones, misteriosas, indescriptibles, vagas y sublimes; la gratitud, dulce sentimiento que se embota en los corazones de barro, pero que constituye el idealismo bello de las almas sensibles, y el placer que derramaban estas grandezas en el pecho de la huérfana la embriagaba de felicidad el día en que selló con sus lágrimas la realizacion de un bien de que habia desconfiado. Pero aun le restaban á María delicias que experimentar y satisfacciones que sentir. El ave canta y vive resignada en tosca jaula de cañas y habia nacido para saltar de rama en rama, estendiendo las armonías de sus trinos por el valle y la selva, pero allí se hubiera visto espuesta á ser víctima de las garras de otra ave de rapiña ó del tiro certero del cazador; así es que su reclusion la alegra, los cuidados de su dueño la envanecen y su destino opresor la halaga. Mas el día que trueca su reducido albergue por otro limpio y adornado, cuando á su casita de cañas sustituye una dorada jaula de alambre, donde hay mas espacio para volar, sus melodías se renuevan, sus acentos se repiten y en vez de gemir, suspira estasiada con el bien que se le dispensa.

Así la dichosa María al penetrar en la nueva vivienda que Aristides á costa de sacrificios la tenia preparada; cuando el jóven esposo regocijado la dijo: *esta es tu casa*, experimentó el contento mas grande de cuantos habia recibido. Y no era porque en aquella mansion deslumbrara el lujo, ni sirvieran sus muebles de mentido alarde de opulencia. Lagarza sin conocer los consejos que Plutarco daba á Polieno, diciéndole: *no te empeñes nunca en que tu mujer renuncie á las delicadezas de lo esquisito y suntuoso, mientras tú mismo no las miras con desprecio*; y aunque contaba con la caja de Abella que el banquero modico, habia puesto á disposicion del jóven, y además con los ofrecimientos de su tia la marquesa del Saz, habia adivinado al sabio, observando aquel precepto.

María, sin embargo de no haber olvidado su cuartito de la calle de Santa Isabel, se deleitaba con la vista de su nuevo albergue, porque la mujer de su casa mira en ella el templo de su virtud. El campo de sus glorias está cercado por cuatro paredes, y aunque estas sean de basta fábrica, se transparentan á las miradas escudriñadoras del mundo, el cual prohija fácilmente la calumnia, pero siempre sucumbe

ante la elocuencia de las buenas acciones, arrojando lauros y flores á las plantas de la que nació, vivió y murió honrada.

María formaba el bello trasunto de la esposa tierna y de la mujer laboriosa. Su método de vida arreglado causaba la admiracion de cuantos la conocian. Simplificaba las necesidades de su casa, cuidaba con un esmero ejemplar á su marido, atendia tambien con solícito afán para que nada faltase á su anciana abuela, que en un momento se separó de su lado, y podía asegurarse que era un modelo de la mas perfecta casada.

Trascurrió un año, y llegó á ser madre. Entonces su mision en el mundo halló el complemento de lo sublime. Aquella mujer habia nacido para amar. Su vida se habia exhalado en este mágico sentimiento y en el día que María pudo estrechar contra su corazón al fruto de sus entrañas, el amor se convirtió en delirio y hubo momentos en que parecia que se estraviaba su razon. Una niña, bella como la flor que abre su capullo á los primeros besos del aura, era la prenda con que la providencia habia reanudado los lazos que estrechaban á aquellos felices esposos. Aristides se estasiaba al contemplarla porque en ella veia retratadas las facciones de su madre. La señora Ana bendijo la existencia de aquel ángel, justificando con ella su chochez, que por lo exagerada rayaba en idiotismo, y cuando todo sonreía á aquella familia en quien el cielo iba sucesivamente derramando sus dones, un grave contratiempo vino á turbar la paz de que disfrutaba.

Un día de vuelta del escritorio entró Lagarza en su casa, con mustio semblante y espíritu contristado.

María contemplaba la primera sonrisa de su hija, y al observar la intranquilidad de Aristides, exclamó:—Tus ojos revelan que nos amenaza alguna desgracia. Habla: ¿qué sucede?

—Aristides, para deshacer la mala impresion que su turbacion podia haber causado, fingiendo serenidad, contestó:—No te alarmes María; Abella se halla algo enfermo, y me tiene inquieto.

—La jóven que habia abrigado otro temor, recobró la calma. ¿Pero esa enfermedad es peligrosa? preguntó.

—¡Temo que sea la última! murmuró Aristides. Y no dijo mas. Abella habia fallecido aquella misma mañana repentinamente. Este acontecimiento o trastornaba la faz de su casa, pues se esperaba que su viuda se retirara de los negocios mercantiles.

Pasados unos días, tal suposicion se convirtió en realidad. La casa de la viuda Abella retiró sus capitales, suspendió sus negocios y despidió á sus empleados. Lagarza recibió una enorme pesadumbre al saber la noticia decisiva. Por su buena María, por su hija, por la anciana que habia sido para él segunda madre, tembló al pensar en lo porvenir. María supo al fin la noticia, pero no la afligió tanto como Aristides temia. Guardaba la virtuosa jóven un tesoro de fe en su razon y de esperanza en la Providencia.

—Aristides, no te apesadumbres, le dijo á su marido; Dios no querrá que tu hija yazga en la miseria. Las almas buenas como la tuya encuentran siempre alivio en sus desgracias. Escúchame. Al enlazarme contigo no pensé jamás en el interés de tu futuro bienestar. Yo sabia que habias dejado de ser rico y esta idea lejos de entibiar mi cariño, me alentaba. Hoy hemos perdido el único recurso con que contabamos para vivir. Pues bien, trabajemos que para eso hemos venido al mundo. Yo te ayudaré. Soy jóven, me encuentro ágil, la tarea de la costura ha sido siempre mi mejor antidoto para el tedio. Yo cuidaré á nuestra hija, arreglaré mi casa como hasta aquí, el resto del tiempo le dedicaré á coser para fuera, y así la carga te se hará menos sensible.

Aristides recibió aquellas palabras como bálsamo consolador y no supo qué responder. Al ver en su esposa rebosar aquel manantial de fortaleza, de resignacion y de esperanza, se



sintió también fuerte y hasta poderoso, y comprendiendo que tales rasgos tenían su origen en la elevación de sentimientos de su dulce compañera, mostróse lleno de noble orgullo con poseer una alhaja de tan inestimable valía. —María, la dijo conmovido. Recuerdo que la primera vez que di entrada en mi pecho á las inspiraciones del bien, fue impulsado por el mágico resorte de tu voz, y por la verdad de tus razonamientos. Ignoro si he aprendido á ser hombre de bien, aunque he puesto los medios para ello, pero si algo tengo de qué vanagloriarme, en verdad que no se lo debo á nadie, mas que á tí, mujer incomparable á quien admiro y á quien consagraré hasta el último aliento de mi vida. Lagarza lloraba al terminar estas frases, porque el hombre no puede saber sentir si no sabe llorar.

María respondió con lágrimas á las de su esposo, confundida con las palabras, que la acababa de dirigir. En tanto formaban tierno contraste en esta escena, la expresión que se advertía en el rostro animado de la niña, la cual se sonreía vagamente, como diciendo á sus padres. ¡Yo he venido para consolaros en vuestras tribulaciones, sonreiros conmigo y esperad!

La contemplación de aquel ángel de amor, dejó en suspenso el triste diálogo de los jóvenes esposos, leyendo ambos en su semblante el presagio de su felicidad.

Nada existe en el mundo que una mas á las almas y las identifique tanto como la desgracia. Aristides, impulsado por la fuerza de voluntad de María, buscó recursos para vivir y los encontró. A poco tiempo de la muerte de Abella obtuvo un destino en las dependencias de una sociedad de crédito. Su sueldo allí era mas reducido, pero sobre él pesaba una familia á quien mantener y no titubeó en aceptar aquel modesto empleo. María, que jamás había disfrutado de las diversiones, ni de el lujo en el vestir, ni de los placeres de la mesa, con que viven adornadas en la corte innumerables familias, desplegó todos sus cuidados para que los gastos de su casa no escudieran á los ingresos, con el auxilio de sus labores ayudó al sostenimiento de sus necesidades, y consiguió vivir sin deudas ni compromisos, satisfaciendo las exigencias de la opinión. Aquellos esposos vieron transcurrir así algunos años, no escasos de sinsabores para Lagarza que lamentaba las privaciones á que se veía condenada su esposa, temiendo las que le esperaban á su única hija.

Un día del mes de setiembre de 1855, recibió una carta de Andalucía, cerrada con lacre negro; la abrió apresurado y con sorpresa y dolor supo que su tía la marquesa había perdido en breve tiempo á sus dos únicos hijos víctimas de la funesta epidemia del cólera que en aquel entonces asolaba á España. Participó la noticia á su esposa y esta la recibió contristada sin embargo de que no conocía á la marquesa ni á su familia. En la carta mensajera de tan triste nueva, decía la madre desdichada: «Tan cruel suceso ha quebrantado mi salud en términos que me encuentro en muy mal estado. Espero, añadia, reponerme un tanto y os haré una visita, porque bien sabes querido sobrino el ardiente deseo que abrigo de conocer á tu bendecida María de quien me han hecho personas extrañas á nuestra familia repetidos elogios.»

Esta carta llenó de amargura á aquellos sensibles corazones y Aristides contestó á la marquesa que esperaban que la Providencia les proporcionara el placer de abrazarla. Sus deseos se realizaron; la marquesa del Saz llegó á Madrid algunos meses después, pero su situación era lamentable. Agobiada por los padecimientos, impresionada amargamente por la muerte de sus hijos, su enfermedad que no podía hallar auxilio en la medicina porque afectaba á su espíritu, tomó un aspecto grave después de su estancia en la corte. Aristides y María no se separaban de su lado, y esta última con interés filial consolaba á la ilustre señora, prodigándole inefables consuelos, los cuales dilataron su vida hasta que la muerte la arre-

bató de la tierra después de haber bendecido la unión de su sobrino, porque según decía, acertó á elegir una esposa que santificaba la virtud.

La marquesa, que comprendía su desesperada situación, escribió pocos días antes de su muerte, una memoria á su testamento, concebida en estos términos:

«Ave María Purísima. Mis hijos, únicos herederos de la fortuna de su madre, han volado al cielo. Por si como espero entrego en breve mi alma al Criador, téngase por anulado mi testamento en vista de la presente memoria, por la que instituyó únicos y universales herederos de mis bienes, por mitad de partes, á don Aristides Lagarza, mi sobrino carnal y á su esposa doña María Ramirez; á esta última en premio de sus virtudes y de los cuidados que la he merecido. Hago asimismo constar que al primero le corresponde por línea hereditaria mi título. Madrid etc.—La marquesa del Saz.»

Al aparecer este documento debajo de la almohada, donde para siempre había reclinado la cabeza la marquesa, Aristides pasó por él sus ojos lleno de emoción y le fue revelado con aquella nueva que tanto influía en su porvenir, el secreto de su felicidad completa, poema que había idealizado la candorosa María.

Y era, que así que los primeros albores de la mañana de la vida vierten sus apacibles rayos sobre la frente del justo, apenas empieza el mundo á mostrarnos ese panorama, oasis encantado de la juventud, nube de desengaños de la virilidad y tumba donde reposan confundidos los recuerdos y las glorias con las lágrimas de la vejez, el dedo del destino inmutable, señala al héroe, al mártir, á la mujer santa, y estas tres almas con que se adorna la vida de la humanidad crecen entre sus hijos, donde el corazón y el entendimiento saben cultivarlas.

María era la planta lozana que había brotado en aquel vergel de los amores, su aroma embriagó los sentimientos de Aristides, que despojándose de sus espinas llegó á causar celos á la misma flor, y el premio de aquella metamorfosis brilló en el horizonte que acababa de abrirse ante sus ojos.

Un sabio filósofo de la antigüedad decía al tratar de las mujeres, *que si de fuera no reciben la semilla de los buenos propósitos, si sus maridos no les comunican alguna sana doctrina, por si concibieran y engendraran pensamientos monstruosos, pasiones extravagantes.* Y un escritor de nuestros días indica, *que así como el oro se prueba por el fuego y la mujer por el oro, el hombre se prueba por la mujer.*

María había patentizado esta última sentencia.

Al hallar en su peregrinación sobre la tierra un alma capaz de dejarse arrebatar por el sentimiento de lo bello, y por el contrario á correr frenética en pos del mal, sirviendo de juguete á su debilidad; mujer impía, hubiera condenado á la abyección aquella alma, ángel bienhechor le elevó á las regiones de la idea.

Hé aquí el elemento civilizador de las sociedades, la mujer. Porque, como dice Cantú, «participa de todo lo que es propiedad esencial de la humanidad. A ella ningún don intelectual le fue negado» y con sano corazón sabe emplearlos en el perfeccionamiento de los seres que la rodean. Instintivamente juzga y resuelve los mas difíciles problemas de la vida, dejándose llevar de sus instintos. Es la profetisa inspirada del bien, el oráculo infalible de la verdad.

Así era María, la mujer de su casa, que sobre los cimientos de la virtud levantó el portentoso edificio de la felicidad. La pompa y el brillo que adornan al rango que después ocupó no la sirvió jamás de pábulo para entronizar la inmodestia, ni el desprecio á sus semejantes, pasiones terrenas que empobrecen el espíritu. Había saboreado el dolor y compadecía á sus mártires, su bolsillo estaba abierto siempre para aliviar al menesteroso, pero en el silencio del retiro y sin el alarde fastuoso de pompa con que la *filantropía* marchita las buenas acciones

en nuestra época. Su método de vida, sus inclinaciones, sus costumbres no se alteraron un instante, ni concibió jamás el gusano roedor de la vanidad, antes bien, con ánimo recto y dulce modestia, vivió para su amado Aristides y para los hijos de su corazón, cohorte lisonjera que Dios la había aumentado. La señora Ana entregó su espíritu en manos del Criador, abrumada por los años y la casa de Lagarza se cubrió de luto porque aquella anciana simbolizaba la virtud, por la que se había coronado de gloria.

Leyente venébol: cuando de entre las nieblas del mal que trastorna á los estados de la tierra agitando los hirvientes volcanes del horror y la venganza, alterando la paz de los humanos, y fundiendo el plomo destructor que les sirve para el comun exterminio, veas elevarse una sombra apacible y vaga que estiende sus gasas por cuanto abarca el firmamento, impregnadas con el rocío de la virtud, para cubrir con ellas las miserias de la vida, piensa que ese es el misterioso lazo con que la omnipotencia quiere aunar las voluntades, armonizar las ideas y fundir las creencias de los hombres; que esa es la sombra del patrio hogar, de la familia, que estrecha los vínculos santos y fortifica los corazones; y advierte que para que los afectos del alma se arraiguen y la conciencia permanezca tranquila y reposada, Dios ha señalado como regulador de las acciones humanas á la mujer. La mujer de espíritu fuerte, despojada de los vicios, inaccesible á la adulación y firme ante los halagos de la hermosura, porque ella es la gran sibila de la familia!

Napoleon, el atleta de las batallas ha escrito: *Una mujer hermosa agrada á los ojos; una mujer buena agrada al corazón: la primera es un dize, la segunda es un tesoro.*

Y Montaigne ha venido á complementar esta idea, con la máxima de que *la ciencia mas útil y mas honrosa para una mujer es la economía doméstica.*

Hé aquí la síntesis de esta narración, que debiera grabarse en la memoria de todas las mujeres, la primera vez que asientan su planta en el camino de la vida.

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

## EL JAPON.

SU IDIOMA, SUS CIENCIAS Y SU LITERATURA.

(CONCLUSION.)

Las únicas ciencias que puede decirse se cultivan en el Japon, son la medicina y la astronomía, y á menudo, según se asegura, aparecen obras originales, como también traducciones de las que se publican en Europa y ponen al alcance de los japoneses las versiones holandesas. El doctor Siebold elogia extraordinariamente el celo que los médicos del imperio le manifestaban por adquirir los conocimientos necesarios á su profesion. Lo mismo sucedía á los astrónomos, debiendo añadirse, que la ciencia de estos en la superioridad del saber de Europa, coloca á los japoneses muy por encima de los medio civilizados chinos.

Respecto á los adelantos en la profesion médica, baste saber que la acupuntura y el uso del *moxa* son invenciones del Japon. El primero de estos remedios es muy conocido, y así, solo diremos, que entre los libros llevados á Europa por Heer Titsingh, hay uno que contiene curiosas prescripciones sobre el modo de usarla, con una lista de las enfermedades que se cree puede curar, y un maniquí, en el que están marcadas todas las partes del cuerpo para hacer la operacion, según los distintos casos que pueden ocurrir. La aplicacion del *moxa* sirve como especie de vejigatorio ó de ventosas.

Las drogas empleadas en la farmacia japonesa, son casi todas animales y vegetales, pues la química es tan imperfectamente conocida que no permite á los médicos aventurarse aplicando remedios minerales. Pero la botánica, tan unida con el conocimiento de los simples,



se cultiva con esmero, y las medicinas usadas, segun se dice, producen resultados satisfactorios, siendo, sin embargo, las principales, la dieta, la acupuntura y el *moxa*. La supersticion es lo que impide los progresos de la medicina y cirugía; y además, como se incurre en la impurificación por el contacto de los cadáveres, no se pueden hacer adelantos en la ciencia anatómica.

Los astrónomos japoneses estudian las obras mas profundas; por ejemplo, los tratados de Lalande, que han sido traducidos del holandés, y han aprendido el uso de la mayor parte de los instrumentos europeos: los artistas del país han sido enseñados á construirlos é imitarlos, y Meilan vió buenos telescopios, barómetros y termómetros, producto de los japoneses. En su consecuencia, los almanaques, que antes se traian de China, se forman hoy, incluyendo el cálculo de los eclipses, en los colegios de Yedo y Dairi.

La medicina y division del tiempo son muy particulares, y no muy fáciles de comprender. Para la cronología se emplean los cielos, de los cuales hay tres que no tienen conexion entre sí. El uno resulta de la mezcla algo complicada de la astronomía con otras partes de la filosofía natural; los otros dos son mas sencillos, y por lo tanto hablaremos de ellos primero.

El ciclo usado habitualmente en la historia para las fechas, es el *nengo*, período de longi-



Masaniello.

tud arbitraria y que casi siempre varia de uno á cualquier número de años. Se le regula segun la voluntad del *mikado* reinante, cuando hay algun acontecimiento notable ó accidental que él cree digno de tal recuerdo; el hijo del

cielo puede por ejemplo, señalar el principio de un nuevo *nengo* desde la edificacion de un templo desde un terremoto ú otras cosas semejantes, y le da un nombre que describa su origen ya simple ó en estilo oriental, metafórico, alegórico, y enigmático. Asi, un *mikado* mandó que empezase un nuevo *nengo* en su abdicacion, llamándole *nengo geurokf*, que significa literalmente «el *nengo* de la felicidad de la naturaleza y del arte» espresando de este modo, que él, en su retiro, podría gozar de ambas cosas. El nuevo ciclo dura hasta que algun acontecimiento subsiguiente induce al mismo *mikado* ó á su sucesor á hacer que termine y empieze otro.

La otra manera de computar el tiempo es por el reinado ó *dai* de cada *mikado*. Este, como mas á propósito, es el que comunmente se usa: su única dificultad posible, á saber, la interrupcion de un reinado á la mitad del año, está salvada con la prevencion de que todo el año en que el *mikado* abdica ó se desvanece, se cuente al que lo empezó, y el *dai* del sucesor se calcula solo desde el primer dia del siguiente.

El tercero, el ciclo astronómico de sesenta años, es muy complicado; pues se construye calculando los signos del Zodiaco y los elementos. Los primeros son en el Japon, como quizá en todas partes donde se estudia astronomía, doce, y difieren solamente de los nuestros en los nombres; estos son; 1.º el Raton; 2.º el To-



Vista de la ciudad de Montevideo.



ro; 3.º el Tigre; 4.º la Liebre; 5.º el Dragon; 6.º la Culebra; 7.º el Caballo; 8.º la Cabra ó el Carnero; 9.º el Mono; 10 el Gallo; 11 el Perro; 12 el Jabalí.

Los elementos de los japoneses, segun Meylan, son mas originales: cuentan cinco, excluyendo el aire é incluyendo la madera y los metales; pero estos cinco se duplican, tomando cada uno de ellos bajo un doble carácter y se-

parándolos, conforme subsisten en su estado natural ó sirven para el uso de los hombres.

Los transcribiremos en el mismo orden que ellos lo hacen.

1.º *Kino-yi* es la madera en su estado natural, como un árbol; este es el primer elemento y se convierte en,

2.º *Kino-to* cuando se la corta y se hacen vigas ó tablas.

3.º *Fino-yi* es el elemento del fuego en su estado primitivo, como se siente en el calor del sol, en los rayos, erupciones volcánicas, etc.

4.º *Fino-to* es el fuego encendido por el hombre con madera, aceite. etc.

5.º *Tsoetsno-yi* es la tierra sin cultivar, como las encinas de las montañas, el seno del mar, etc.

6.º *Tsoetsno-to* es la tierra trabajada por la



Los grandes y los pequeños vivientes.—Combate de una serpiente con un sarcófago.

mano del hombre, en porcelana, vasijas de barro, etc. No se sabe á cuál de estos dos elementos pertenece la tierra labrada.

7.º *Kanno-yi* es el elemento metálico en su estado primitivo, cuando se le saca de la mina.

8.º *Kanno-to* cuando está fundido, etc.

9.º *Mietsno-yi* es el agua cuando sale de las fuentes y rios.

10 *Mietsno-to* es el otro elemento acuoso, cuando está estancado en los pozos y pantanos; obsérvese bien que la adopción para el uso humano constituye siempre el segundo elemento.

Ahora bien; combinándose estos diez elementos cinco veces con los doce signos del Zo-

diaco, de un modo mas complicado que inteligible, se dice que resultan sesenta figuras compuestas, cada una de las cuales espresa un año de ciclo tan científico.

El año se divide en doce meses lunares, pero contiene mas dias que el número que naturalmente le corresponderia contado de este modo porque el *mikado* y sus astrónomos añaden un par de dias á muchos de los meses, anunciando en el almanaque de cada año cuántos y cuáles son los aumentos de este modo. La diferencia entre el año lunar, aun alargado de esta manera, y el sideral, se corrige añadiendo cada tres, un mes intercalado de longitud variable,

segun el número de dias que el *mikado* ha querido.

Pero quizá la mas curiosa, y sin duda la mas inconveniente division del tiempo en aquel imperio, es la de las horas. El dia y la noche naturales se dividen en doce horas, de las cuales se asignan siempre seis al dia; es decir, al intervalo que media entre salir y ponerse el sol; las seis restantes á la noche ó al período entre el anochecer y el amanecer. Asi sucede que las horas del dia y de la noche nunca tienen igual duracion, escepto en los equinocios; en verano las del dia son largas y las de la noche cortas, y en invierno vice-versa. Hablando con propie-



dad, su longitud varía todos los días; pero se tiene mucho cuidado y se regulan las variaciones solo cuatro veces al año; es decir, cada trimestre.

Además, contar estas doce horas, que parece cosa tan fácil para el pueblo que sabe hacerlo, es en el Japon una complicación tal, que si no se hubiese adoptado el recurso de añadir á cada una de ellas el nombre de uno de los signos del Zodiaco, sería una cuestión bastante difícil contestar á la pregunta «¿qué hora es?» Vamos á intentar explicar este sistema original y difícil de entender.

Reputándose el 9 como el número perfecto, han llamado al medio día y á la media noche «las nueve.» Al amanecer y anochecer son las seis del día ó de la noche. Si se preguntase cómo puede ponerse el 9 dos veces en doce horas, la contestación sería, que la imposibilidad aritmética se ha allanado, omitiendo el primero y los tres últimos números, empezando con el 4 y concluyendo con el 9. Los números intermedios se cuentan penosamente por la tabla de multiplicación, y el sistema está basado en el profundo respeto que se tiene al 9. Hé aquí como lo hacen:

Siendo las nueve la hora del medio día y de la media noche, es el punto de donde empieza la numeración. Dos veces 9 son 18; quitemos la cifra de las decenas y queda el 8, que es la hora que sigue al medio día ó á la media noche; es decir la segunda, las 8 del día ó de la noche. Tres por 9 hacen 27; quitemos la cifra 2 de las decenas y queda el 7; la tercera hora, pues, son las 7 del día ó de la noche. Cuatro por 9 son 36; se repite la operación y encontraremos la cuarta, la cual debe ser invariablemente el amanecer ó anochecer, es decir, las seis del día ó de la noche. Cinco por 9 son 45, ó la hora siguiente al anochecer ó amanecer, 5 del día ó de la noche. Finalmente, 6 por 9, 54, y ejecutando lo mismo que antes, tendremos un 4 para la sexta y última hora, ó sea las 4 de la noche ó del día. Despues viene otra vez las 9. El lector, con esta explicación previa, comprenderá la serie de las doce horas del día natural en la tabla que transcribimos:

Media noche,	las 9 de la noche,	hora del Raton.
	las 8 " "	" del Toro.
	las 7 " "	" del Tigre.
Amanecer, "	las 6 del día	" de la Liebre.
	las 5 " "	" del Dragon.
	las 4 " "	" de la Culebra.
Medio día,	las 9 " "	" del Caballo.
	las 8 " "	" de la Gabra ó del Carnero.
	las 7 " "	" del Mono.
Anochecer,	las 6 de la noche	" del Gallo.
	las 5 " "	" del Perro.
	las 4 " "	" del Jabali.

Las campanas de los templos tocan estas horas, y aunque el medirlas parece cosa muy difícil, dicen que alargando ó acortando el péndulo, es lo suficiente para el objeto (Fischer). También se mencionan otros dos medios indígenas; el primero, quemar cuerpos de determinada magnitud; el otro es una especie de reloj, descrito de un modo no muy inteligible, que consiste en un volante horizontal, con un peso en ambos extremos, y que se mueve sobre una aguja. Concluiremos este asunto describiendo un reloj, aunque no su mecanismo, enviado en 1826 por el gobernador de Naga-aki al *ziogun* como regalo, y que se considera una obra maestra del genio mecánico. Como tal, lo enseñaron orgullosamente á la factoría holandesa; si bien indica mas habilidad que gusto.

«El reloj consiste en un bastidor de tres pies de alto y cinco de largo y representa un hermoso paisaje. Adornan los claros, ciruelos, cerezos llenos de fruta y otras plantas. El respaldo consiste en una montaña, de donde cae una cascada hábilmente imitada con cristal, la cual forma un río, primeramente saltando por las rocas que hay colocadas aquí y allí, y despues corriendo por la mitad del paisaje hasta perderse en un bosque de abetos. Un sol dorado que cuelga del cielo, girando sobre un espigón, señala el curso de las horas. Debajo del bastidor ó marco, están marcadas las doce horas

del día y de la noche, donde una pesada tortuga sirve de manecilla. Un pájaro colocado sobre las ramas de un ciruelo anuncia con su canto y el movimiento de sus alas, el momento en que concluye la hora, y cuando cesa de cantar suena una campana: durante esta operación sale un raton de una gruta y corre por la montaña. Cada una de las partes separadas esta perfectamente concluida; pero el pájaro es demasiado grande para el árbol y el sol para el cielo, mientras el raton escala la montaña en un instante.» (Meylan).

Los japoneses poseen algunos conocimientos en matemáticas, mecánica, trigonometría y maquinaria; tienen canales, contruidos principalmente para el riego con gran variedad de puentes; han aprendido á medir la altura de las montañas, sirviéndose del barómetro, y han construido últimamente muy buenos mapas del imperio. En mecánica no han pasado de la construcción de tornos y molinos de agua ni desean hacer tampoco mas progresos. Sus miras respecto á este asunto fueron esplicitamente anunciadas, cuando se presentó un modelo de molino de aceite formando parte de uno de los anuales regalos hechos al *ziogun*. La ingeniosidad de la invención y su admirable mecanismo se recomendaron altamente; pero el modelo se devolvió, porque semejante auxilio al trabajo arruinaría á todos los japoneses que ganan el pan ocupados en el método ordinario de hacer el aceite.

Ignoran cuánto pertenece á las máquinas militares y á la navegación, aunque, como ayuda de la última, poseen hace mucho tiempo el compás marino.

## LOS GRANDES Y LOS PEQUEÑOS VIVIENTES.

### LAS SERPIENTES.

(CONTINUACION.)

La configuración de la mayor parte de las serpientes está reducida á la mayor sencillez posible, porque no hay apéndices locomotores, ni crestas, ni papada, ni ninguna de las modificaciones particulares que son propias de muchos saurios. La cabeza, lejos de tomar formas tan caprichosas como las de los basiliscos, camaleones y lorifos, afecta por lo regular la forma de un cono ó de una pirámide distinta del tronco ó confundida con él. El tronco, cuya longitud varia considerablemente es siempre casi cilindrico en las especies que pasan la mayor parte de su vida ocultas en las cavidades del suelo, debajo de las piedras, de troncos viejos ó de montones de hojas; en otras es menor su grueso en las dos puntas que en la parte media, y su forma no es ni absolutamente cuadrangular, ni positivamente redondeada; los que habitualmente viven en las ramas de los vegetales, tienen el cuerpo muy largo, ó comprimido, ó casi tan ancho como grueso, ó el dorso tectiforme (*xenodermus* de Java), ó el vientre aquillado, etc.—La longitud de la cola no es siempre proporcionada á la del tronco, pudiéndose decir en general que los ofidios cavadores son los que mas corta la tienen, y los arbóreos los que la presentan mas desarrollada. Suele ser mas ó menos cónica, goza generalmente de gran flexibilidad, pero solo se arrolla en espiral en unas pocas especies casi todas pitónidos. En todas estas es cónica, pero en el acrocorde de Java y en el listado, es, al propio tiempo que voluble, muy distintamente comprimida, particularidad que no se observa en ningun otro ofidio.

Las serpientes pitones, por ejemplo, respecto de su coloración difieren tan poco entre sí, que casi todas se parecen. En el cuerpo se ve siempre una especie de cadena parda ó negra de grandes eslabones sub-cuadrangulares, que se estiende sobre un fondo claro, y á veces por lo comun amarillento, desde la nuca hasta la punta de la cola, y en la cabeza se encuentra una faja negra que se estiende desde la nariz pasando por el ojo hasta encima de la comisura

de los labios. Estas serpientes solo habitan las regiones pantanosas ó bañadas por grandes corrientes de agua, que frecuentan á menudo sin alejarse gran trecho de ellas, pero su alimentación parece que consiste no tanto en animales acuáticos como en especies terrestres, mamíferos de reducido tamaño que acuden á orillas de la residencia habitual de estos enormes ofidios para apagar su sed ó recrearse bañándose en las aguas. Cinco son las especies de pitones que se conocen, tres africanas y dos de las Indias Orientales, diferenciándose estas de aquellas por la posición de sus ventanas nasales. A este género debia pertenecer la serpiente de enorme talla que, segun refiere Plinio, mataron á orillas del río Bagrada los soldados del ejército de Régulo durante la guerra púnica.

Si hemos de dar crédito á las relaciones de los viajeros la especie llamada *python sebae*, llega á adquirir nada menos que siete metros de longitud; asegurando Adanson que vió un individuo de 22 pies y algunas pulgadas de longitud por ocho de ancho. Esta especie es propia del Africa, y habita al parecer mas particularmente las regiones situadas entre el ecuador y el 17° ó 18° grado de latitud boreal. El Senegal, la costa de Oro y la de Guinea, la Abisinia, los producen en abundancia. Dumeril no duda que las grandes serpientes de que hablan en sus obras Bosman, Adanson y Bruce pertenecen á la especie en cuestión; pero no se atreve á afirmar lo mismo de esos colosales ofidios que segun Lopez y Maxirwell, viven en el Congo y en Loango, si bien supone serán también pitones. Bosman refiere que en la costa de Guinea los negros rinden culto á una especie de sus serpientes indígenas, creyéndose que sea el piton *sebae*.

Por otra parte, no cabe duda de que este piton alcanza grandes dimensiones, porque el doctor Smith, midió una piel que tenia veinte y cinco pies ingleses de longitud, no obstante de que le faltaba una porción de la cola. Varios indígenas del Africa austral le aseguraron que habian visto individuos que tenían la circunferencia del tronco igual á la del cuerpo de un hombre de gran corpulencia. Atrévase á luchar con los leones y los tigres. El grabado adjunto representa un combate de una serpiente con un sarcófago. Entre las que llegan á mayor longitud, asegúrase que debe contarse el piton moluro que á veces tiene 25 pies de longitud. En el Museo de Historia natural de Leiden se conserva un ejemplar que ya mide 20. Habita las grandes Indias, Malabar, Coromandel, Bengala, Java, Sumatra y China. Schlegel, refiriéndose á Boie, dice que acomete á los cerdos y á cierta especie de ciervos de la India, frecuentando en la isla de Java los campos de arroz, si bien generalmente se retiran á los sitios bajos, sombríos, pantanosos ó inundados. Las boas, como otras serpientes que gozan de la facultad de trepar por los árboles y de suspenderse en ellos por la cola, pero en grados diferentes. Los *cunctes murinus* que viven en el agua.

Surinam, Cayena y Rio-Janeiro, es decir, las Luyanas y el Brasil son la patria de este reptil, si bien es de suponer que sean mas extensos sus límites geográficos. Solo los pitones, entre todos los ofidios hoy día conocidos llegan á dimensiones tan colosales como las del eurrectes murinus, pues muchos viajeros aseguran que han visto individuos de esta especie de 25 á 30 pies de longitud. No nos parece que haya gran exageración en esos asertos, porque el museo de Leiden como se ha dicho posee un ejemplar que mide 18 pies, y el de Berlin otro de 20. Fermin, en su Historia natural de Surinam, dice: «Una serpiente de 23 pies de longitud, perteneciente á la especie de las llamadas Boignacu, Ikouroué Aboma, tenía en su estómago, cuando la abrí, un gran perezoso, un lenguana (iguana) que media tres pies y tres cuartos, y un comedor de hormigas (un tamandua probablemente) de dos pies y ocho pulgadas, todos tres en el mismo estado que si acabasen de ser muertos á balazos.»

Tales son las únicas noticias que se tenían de



las costumbres del eunectes murinus antes que el príncipe de Neuwied publicase las interesantes observaciones que vamos á transcribir: «En el Brasil recibe el eunectes murinus el nombre de Cucuriubu ó Cucurin; y los botocudos le llaman Ketamenio. El príncipe vió individuos de 20 piés, y los habitantes le aseguraron que llega á muchísimo mayor tamaño en los sitios incultos é inhabitados. Las aguas son la morada ordinaria de esta serpiente, la cual reposa en ellas acostada sobre un alto fondo, teniendo sumergida tan solo la cabeza. A fuer de hábil buzo, se zambulle para no asomarse á veces en la superficie hasta despues de largo rato. Ora corre con velocidad en todos sentidos nadando á la manera de los peces anguiliformes; ora abandona su cuerpo rígido é inmóvil á la corriente mas ó menos rápida de los rios. A veces se queda tendida no lejos de la orilla, sobre la arena ó las rocas, ó bien sobre su tronco caído, esperando que algunos mamíferos al ir á apagar su sed, pasen por cerca de ella. Los animales que de ordinario caen presos son agutis, pacas cabibaras, y se dice que tambien come peces. En verano, desde noviembre hasta febrero, se reúnen todas, en cuya época ademas de encontrarla mas á menudo, produce, segun se asegura, un sordo mugido. En el Brasil no se aletarga en invierno. El arco y el fusil son las armas de que se sirven los indígenas para cazarla; á no ser que la encuentren en el suelo en cuyo caso la rematan á palos, pues se mueve con mucha lentitud. Su piel sirve para fabricar calzado y sacos de noche ó de viaje; su grasa ó adiposidad tiene diferentes aplicaciones; y los botocudos comen su carne. La ovoviviparidad del eunectes murinus fue indicada ya por Cuvier primero y luego por Schlegel, quien encontró en una hembra que estaba disecando, una veintena de huevos cada uno con su pequeño casi completamente desarrollado. Estos fetos median desde un pie á 18 pulgadas de longitud.

(La conclusion en el próximo número.)

#### LA CIUDAD DE MONTEVIDEO.

Es una de las mejores ciudades de la América del Sur, capital de la república del Uruguay, con una poblacion de unos 20,000 habitantes. Está situada en una pequeña eminencia en la ribera septentrional del Rio de la Plata, cerca de su desembocadura, en el extremo de una península, con buenas fortificaciones de piedra. Su puerto, aunque muy espuesto á la violencia del viento de Oeste llamado *pampero*, es sin embargo seguro. Los alrededores de la ciudad son fértiles y abundosos en pastos que mantienen mucho ganado vacuno, del que se hace considerable comercio. Las casas son generalmente de un solo piso, con terrado encima, pero las calles no están empedradas. El nombre de la ciudad proviene del de un monte cercano que la domina al Este. Dista, como es sabido, unas 50 leguas E. N. E. de la ciudad de Buenos-Aires, que se halla en la orilla opuesta del Rio de la Plata.

#### HORTENSIA DE BEAUHARNAIS

Ó LA ÚNICA CORONA INDESTRUCTIBLE.

(TRADUCCION.)

I.

EL EMPERADOR.

¡El emperador! Esta vez lanzada en la entrada principal de la casa de la Legion de Honor, en Ecouen, resonó súbitamente de escalera en escalera, como el huracán que todo lo invade en su impetuosa carrera, pasando en breve á los patios, los corredores, las antecámaras y hasta las habitaciones mas retiradas del edificio...

¡El emperador! A esta sola palabra, á este solo nombre, el colegio entero como adormecido en el estudio y en el silencio, parecia despertar y cobrar nueva vida milagrosamente.

Y todo ello no mas que por un hombre que se presentaba solo, con un traje sencillo, casi

vulgar; por un hombre pequeño y con el sombrero en la mano.

Verdad es que aquel hombre poseía una grandeza moral muy elevada.

¡El emperador! A este grito que volaba, por decirlo así, de boca en boca, todos los ojos brillaban, todas las frentes se ruborizaban y los corazones todos latian apresurada y deliciosamente.

El emperador, que no acostumbraba detenerse, llegó bastante á tiempo á la sala de estudio para gozar con mirada cariñosa y paternal de la dulce emocion que inspiraba su presencia en aquellos rostros jóvenes é inocentes.

Al entrar Napoleon en la sala, todas las colegialas se levantaron con una precision casi militar; en seguida, volviendo á ocupar sus respectivos asientos, ruborizadas y confusas, como si los ojos del emperador se hubiesen fijado sobre cada una de las jóvenes en particular, bajaron los suyos, y recogidas, silenciosas, hubiérase dicho que esperaban una palabra superior para respirar libremente y levantar aquellas infantiles cabezas, coronadas no mas por su cabellera blanca ó rizada, hacia aquella frente imperial coronada por tantas victorias, y tan resplandeciente entonces de gloria y felicidad.

Era el 14 de setiembre de 1807, víspera del halagüeño día en que debía verificarse la distribucion de los premios, segun costumbre admitida en aquella noble institucion, fundada tres años antes con el título de la Legion de Honor.

Necesario era todo un acontecimiento, como la visita del emperador, para distraer aquella hermosa juventud de sus composiciones, de sus esperanzas, sobre todo de su ambicion; ambicion de pensionitas, tan entusiasta por conseguir una corona de rosas como si se tratase de conseguir un trono.

Todo fue olvidado sin embargo ante la imperial visita...

Satisfecho, con la sonrisa en los labios, pasaba Napoleon lentamente por entre las mesas de estudio, seguido de Mad. Campan, á cuyo inmediato cargo se hallaba el colegio de Ecouen.

Mas no era por cierto á esta señora á quien dirigía sus benévolas observaciones, sino á las mismas discípulas, cuyos nombres sabia perfectamente como sabia el de sus padres, los valientes de su ejército, en el que se contaban tantos valientes.

—Esta plana no está muy legible, decia á la una.

A otra cuyo padre acabada de ser nombrado general de division.

—Escribidle que me alegro de su ascenso, ¿lo entendéis?

Y apenas se alejaba un paso, cuando la hija del general enumeraba á sus compañeras todas las prerogativas del grado de su papá y la diferencia que existia entre un general de division y un general de brigada: asunto que no suele llamar mucho la atencion de las jóvenes, pero que bajo el imperio, conocian perfectamente y formaba el continuo tema de la conversacion, sobre todo entre hijas de militares.

—¿Cómo está Amelina? preguntaba deteniéndose un instante delante de una joven algo pálida. Mejor se juzgaria de la *mejoría* de esta enferma si no tuviera tantos borrones en la cara.

—¡Ola! exclamaba dando un golpecito cariñoso en la cabeza de una colegiala, cuya inmensa cabellera estaba mal arreglada; el pelo es lo mas digno de cuidado, en la *toilette* de las señoritas; hé aquí una trenza que quiere desertar y es preciso castigarla.

Y el emperador, suavizando su voz de mando para hablar con aquellas niñas, tiraba maliciosa y alegremente de la puntita de la trenza rebelde y deshaciéndola de pronto la dejaba caer á lo largo de las espaldas de la pensionista, cuyas mejillas se coloraban como la grana tanto de vergüenza como de contento.

Pero cuando por casualidad se encontraba con las pobres criaturas cuyo padre ó hermano habia muerto en su servicio, se enternecía, las llamaba junto á sí, las abrazaba y no sé qué les

decia por lo bajo. Pasando revista de este modo, acercóse á tres jóvenes, de unos 18 años las tres, y las tres rubias, esbeltas y hermosas.

Una de ellas, separándose de sus dos compañeras, se arrojó en los brazos del emperador, saludándole con el nombre de padre.

—Sí, tu padre, querida Hortensia, le dijo volviéndole sus caricias; tu padre que te ama en extremo. ¿Y qué tal tus amiguitas? Clarisa, añadió mirando á una de las jóvenes, y María, prosiguió dirigiéndose á la otra.—Ya ves como me acuerdo del nombre de tus inseparables.—Señorita Clarisa, vuestro padre es uno de los mas bravos generales de mi ejército; acaba de partir para su nuevo destino. Ya sé que trata de estableceros... su eleccion es la mia y espero será la vuestra igualmente.—En cuanto á vos, María, continuó estrechando con afabilidad la mano de la tercera pensionista, como por desgracia vuestro padre ha perdido la vista de un fogonazo en las campañas del Rhin, y no le será fácil elegir bien, yo me encargo en su lugar de arreglar eso... Me parece que nos entenderemos á las mil maravillas, ¿no es verdad?

En seguida volviéndose hacia Hortensia, le dijo:

—Y tú Hortensia, ¿qué tal te has portado este año? Mañana es la distribucion de los premios; ¿piensas obtener alguno?... Voy á descubrirete un secreto de tu madre. Josefina ha encontrado no sé dónde, una de mis coronas, ganada sin efusion de sangre... creo que es una de mis coronas de colegial, añadió con una particular inflexion de voz, que alcancé como premio de matemáticas. Tu madre le ha quitado el polvo que la cubria y si tú obtienes algun premio, tendrá el gusto de colocar en tu cabeza esa vieja y marchita corona.

—Así será muy grata para mí por mas de un concepto, replicó Hortensia, besando la mano á su padre político.

—¿Y qué diversiones se preparan para esta gran solemnidad? preguntó el emperador.

—Una sorpresa, contestó Hortensia mirando á Mad. Campan, que la animaba con su sonrisa.

—Me gustan las sorpresas, dijo Napoleon con aire jovial y prometo aplaudir la vuestra. Vamos, Hortensia; cuéntame...

—Pero señor, si os lo cuento, dejará de ser sorpresa para vos, repuso Hortensia.

—No importa, insistió el emperador, dime...

—¡Pero no se lo habeis de decir á mamá, observó Hortensia poniéndose el índice sobre su linda boca.

—¡Palabra de honor! exclamó Napoleon con voz grave.

—Entonces, sabed que mañana vamos á representar aquí una comedia.

—¡Vaya! murmuró el emperador; alguna broma...

—No señor, ¡una verdadera comedia! respondió Hortensia algun tanto enojada. ¿Acaso dudáis de nuestra disposicion? Pues os aseguro que mis compañeras y yo representaremos nuestro papel muy regularmente y con la mayor formalidad... Preguntádselo á Mad. Campan.

—No desconfío de vuestro talento; ¿y podré saber, sin indiscrecion, el título de la comedia y el nombre de las jóvenes Talmas?

—La comedia se llama *La Vieja de la Cabaña*, dijo Hortensia.—Ya conocéis á Mr. Comte, el profesor de física, ese es el autor; en cuanto á las actrices... porque... ya os figuréis que no hay actores en nuestra *compañía*...

—En cuanto á las actrices, bueno será que me las presentes ahora, para felicitarlas desde luego, porque temo no poder asistir mañana á la primera representacion de la *Vieja de la Cabaña*.

—¡Tanto mejor! exclamó Hortensia aturridamente.

—Tu reflexion es muy lisonjera para mí, replicó el emperador, afectando una dulce modestia.

—Quiero decir, repuso Hortensia sonrojándose, que no... que si... yo no me dedigo, añadió por fin ingenuamente; porque me negareis, señor, que seais capaz de intimidar á unas pobres colegialas como nosotras?





Jonathan Jack, enano del Circo de Price.

—A pesar de que tu *tanto mejor*, me parece algo aventurado, ¿reséntame, adúladora, tus compañeras de escena.

—Vayamos por órden, dijo Hortensia, tomando de la mano á una joven pensionista: Alexina Pannelier, á cuyo cargo se halla el papel principal de la *Vieja de la Cabaña*; después, Adela Anguiet á quien está confiado el de *Juanita*; Anita Mackau, que hace el de *Lisi*. El papel de Mad. *Morincourt* está confiado al talento de Eglé Anguiet, hermana de Adela; Paulina de Flecourt hace el de *Adela*; Sofía Simon el de *Leonora*; Emilia Duvidal el de *Mathurina*; y vuestra servidora, señor, añadió Hortensia, inclinándose humildemente, se llamará mañana durante una hora, *Bastiana* (1).

Terminadas todas aquellas presentaciones, verificadas con igual seriedad por una y otra parte, el emperador, después de cumplimentar á su hija política por lo bien que sustituiría en sus funciones al maestro de ceremonias, la abrazó tiernamente dando fin á su alegre inspección.

Al retirarse el emperador, según costumbre, ordenó descanso y recreo general para solemnizar su visita; y como nunca se tardaba en poner en práctica tan halagüeño mandato, antes de su partida pudo gozar de la alegría sincera que se retrataba en aquellos infantiles y encantadores rostros; y á los gritos de ¡viva el emperador! repetidos y exhalados del fondo del corazón, alejóse Napoleon de aquella santa casa, llevándolo consigo una de las mas dulces satisfacciones que jamás experimentó, pasando mas de una vez la mano por sus ojos humedecidos.

Ahora voy á referiros la historia de aquella corona, la única tal vez que se halla exenta de la pasión y de la injusticia de los hombres.

(Se concluirá en el próximo número.)

JOSE CASTREÑO.

(1) No estará de más advertir á mis amables lectores que todos estos nombres son históricos, y que algunas de las señoras citadas existen todavía.

#### EL ENANO DEL CIRCO DE PRICE.

¿Sabeis antiguamente para qué servía un enano? ¡Oh! servía para una gran cosa. Para estar de continuo al lado de los reyes y de la familia real, y la historia apoyará fácilmente nuestro aserto. Ved el cuadro de *Las meninas* en el Museo de Pinturas, cosa que podeis comprobar sin molestaros acudiendo al Museo del Prado cualquier domingo, y hallareis con cuanta *sans façon* ocupa un enano uno de los primeros sitios del famoso cuadro, entre la familia real de Felipe IV. Ved los magníficos frescos de la escalera del monasterio del Escorial y hallareis que cuando los arquitectos enseñan al monarca los planos de tan sorprendente basilica, quien se encuentra al lado del austero Felipe II, no es otra cosa que un enano. En fin, estará dicho en cuatro palabras: los enanos no podían faltar en las casas de los reyes, era un adorno, una comitiva de lujo. Pero si en algun tiempo hacían las delicias de los reyes, hoy hacen las delicias del público. ¿Quién habrá concurrido en estos dias al Circo de los caballos, que no haya salido complacido al ver el enano Jonathan Jack? Enhorabuena que se discuta acerca de la mayor ó menor antigüedad de las corridas de caballos, de los juegos de a róbatas, etc. del cual dicen los chinos tenían noticias remotísimas pues es de dudar alcanzarán la perfección de hoy día. Y un enano si bien á primera vista parece no ser á propósito para un circo ecuestre, lo es y mucho, sobre todo cuando el espectador se cansa de ver lo mismo, aros y cintas, cuerdas y trapecios, y cuando menos piensa sale un... enano, realizando la idea fantástica y novelesca de aquellas novelas alemanas y escocesas, y de aquellos cuentos de Grimm en que los enanos eran los que facilitaban á manos llenas el oro á los viajeros descarriados, y cuidaban de la honra de las doncellas cuando eran encerradas en algun castillo feudal ó antiguo alcázar.

Y ver al enano Jonathan Jack es realmente conocer el tipo perfecto de la gran familia enanesca, pues aquellos diminutos miembros bajo una cabeza de hombre, aquella agilidad y travesura, aquella serie de contorsiones, paseos y carreras pasando por debajo del caballo sin llegar á tocar su vientre, todo contribuye para que el enano Jonathan Jack haya atraído al Circo de Price una numerosa concurrencia. Debemos dar pues las gracias y la enhorabuena por el acierto con que ofrece novedades al público madrileño el director del citado circo ecuestre, siendo de esperar que si ahora nos ha mostrado y hecho lucir las habilidades de un individuo de aquellos que en otro tiempo eran diversion de príncipes y reyes y guardianes de castillos, disponga la venida de algun gigante, que cual otro coloso, deje pasar por debajo de sí las *cuadrillas* de amazonas á todo galope, ya que ahora que hemos contemplado un tipo ya rarísimo, un enano, cuya diminuta estatura le permitiera habitar debajo del vientre de un caballo, bien seguro de que allí mismo podría hacer su *toilette* puesto de pie, y sin tocar los pelos del cuadrúpedo. Estancia incómoda por cierto y fácil á caricias bien desagradables.

#### CLAVE ENIGMÁTICA.

Λ K E 31 73—40 38 938 037 > 38  
 L K 4 238 +4 2 K 8 T K 9—548  
 L K 4 4863A 224A K 8 +4 87  
 97 89 K 8.

Por todo lo no firmado J. GASPÁR,  
 editor responsable.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias después de su publicación.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.